

deseo tácito de la muerte; todas estas preocupaciones de cualquier obra que quiera tener un carácter universal, que quiera dar cuenta de la misma condición humana.

SANTIAGO TOBÓN

El romanticismo de los románticos

El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica

Carmen Elisa Acosta Peñaloza
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2002, 107 págs.

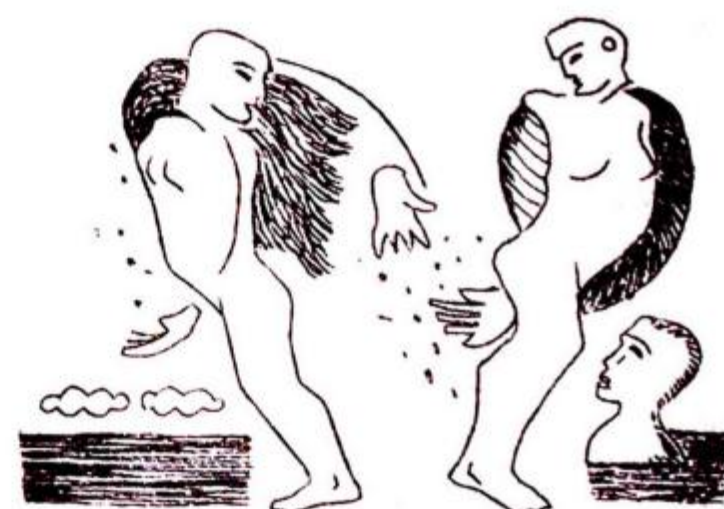
Este texto me parece que vale por las once páginas del prólogo, pues trae a colación el tema del romanticismo entre los escritores del siglo XIX, tanto en París como en Colombia y Argentina, y nos presenta al precoz y dotado Felipe Pérez, quien nació en una hacienda de Sotaquirá (Boyacá) en 1836, pertenecía al recién fundado partido liberal de los Gólgotas, “la redención para los pueblos”, a sus 16 años era secretario de la legación de la Nueva Granada que visitó Ecuador, Perú, Bolivia y Chile (de la cual era jefe Manuel Ancizar, el ilustre y joven conspirador en La Habana y autor de *Peregrinación de Alfa*), noveló a los incas y a los conquistadores en cuatro obras, apenas a la edad de 20 y 22 años, cuando, como en la Europa de Balzac, en Bogotá se publicaba por entregas en la prensa, hacia 1857. Era también un guerrero, participó en varias batallas contra las dictaduras conservadoras y fue desterrado hacia el final de su vida, permaneciendo una fatal temporada en los *campamentos* godos, literalmente *campos de concentración* dispuestos por el partido conservador victorioso en 1885. Fue también Felipe Pérez un educador, fundó el colegio Pérez Hermanos junto con su hermano Santiago, el cual iba a ser presidente de los Estados Unidos de Colombia entre 1874 y 1876. Hom-

bre de Estado también era Felipe, y geógrafo, hizo el *Compendio de geografía elemental aplicada y prontuario del Atlas Colombiano* (1888). Fundó el diario El Relator, en cuyos folletines publicaba novelas cortas de corte romántico, como *Sara*, dedicada, y su edición donada, por el autor, “a los niños desamparados”, a través de un hospicio en Bogotá; novelita donde la joven rica se enamora, para su perdición, del joven de talento que fuera un gamín, adoptado por un hombre culto que habla como Sancho, por medio de refranes: “Si está repleto el mortero, mal lo maja un majadero”.

Uno encuentra todavía las novelas de este autor en la Colección Patrimonio Documental de la biblioteca de la Universidad de Antioquia, junto con el último editorial que escribió para el diario El Relator —al que no se refiere la autora del texto objeto de esta reseña, concentrada en las novelas de tema incaico—, y titulado *La ley del tiempo*, firmado el 16 de diciembre de 1890 (pocos meses antes de que el autor, de 55 años, en 1891, fuera arrollado por un coche en Bogotá), donde se refiere a la eterna polaridad entre los que pretenden que las cosas deben seguir siendo como están, aun si es preciso el uso de la fuerza, tradicionalistas —aunque se llamen *Restauradores*, como el tirano Rosas en Argentina; *Pacificadores*, como el general Morillo en la Nueva Granada de 1815, que fusiló a Policarpa y a Caldas, entre otros; o *Regeneradores*, como los godos en la época de Felipe Pérez—, y los que quieren y luchan porque las cosas cambien, progresistas, liberales.

En esta misma Colección Patrimonio Documental, en el mismo librito donde aparece el poema de Felipe Pérez, *Aquimen-Zaque o la conquista de Tunja*, parodia de Ercilla y su *Araucana*, y caricatura de Akimín, encuentro el escrito dedicado el 15 de agosto de 1879 por Luciano Carvallo a Mariano Ospina Rodríguez, y que encabeza *La lucha entre el catolicismo y el liberalismo*, donde dice: “El mundo cristiano parece próximo a experimentar una tremenda catás-

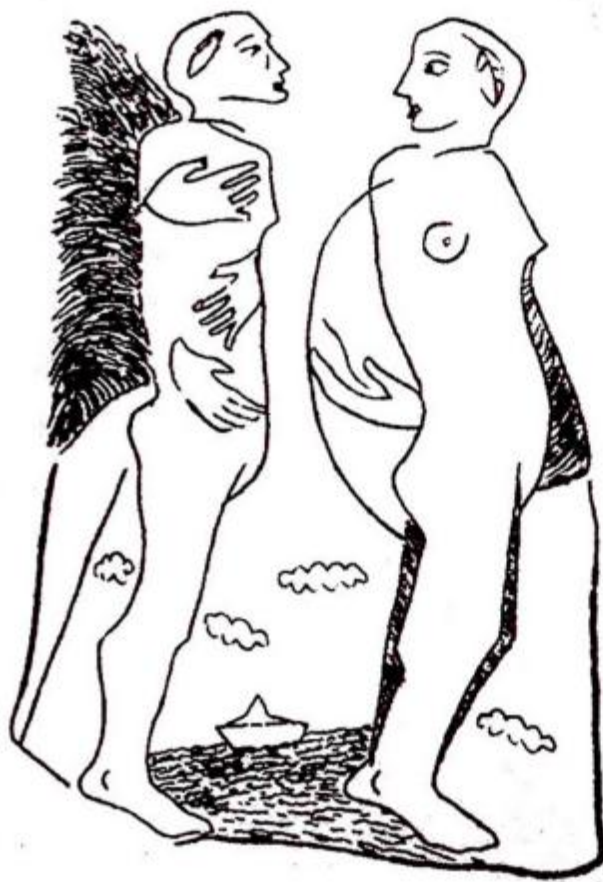
trofe. Los acontecimientos que han venido cumpliéndose en la sociedad europea, parecen acelerar el imponente desenlace de la batalla gigantesca que se ha empeñado en el mundo, entre las huestes católicas y las falanges liberales [...] ¿De dónde procede que los instintos salvajes y las pasiones concupiscentes e iracundas estén a punto de abrasar con sus incendios la sociedad cristiana? Procede de la rebelión”.



El último editorial de Felipe Pérez en El Relator, al que nos referimos, termina con una nota voluntarista y de un optimismo melancólico, nota que resuena notablemente con el mensaje enviado recientemente por García Márquez a la Comisión de Sabios (encargados hace diez años, y ahora, de dar un diagnóstico sobre el estado de *salud* del país), donde Gabo cita al Cervantes piadoso que escribe: “Todas las borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, ya que no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca...” Aunque Gabo agrega que Cervantes hoy no habría dicho tal en relación con Colombia, termina su mensaje diciendo: “Me atrevería a creer que la ilusión de don Miguel de Cervantes está ahora en su estación propicia para vislumbrar los albores del tiempo serenado, que el mal que nos agobia ha de durar mucho menos que el bien”.

He aquí lo que escribe, por su parte, Felipe Pérez en su editorial de 1890: “Es por eso por lo que hay algo desconocido que se agita, algo que ruge como el león en furor, y que no tardará en manifestarse. ¿Es la

guerra? No [...] ¿Es la revolución, hija de la cólera, ciega y brutal como el destino antiguo? No [...] ¿Qué es, pues?, es la simple voz de la lógica y de la evolución natural. Es el desborde del vaso, cumplido por sí mismo, esto es, sin que en ello intervenga el viento ni el impulso extraño. Es la ley que se cumple; pero no la ley de los hombres, pequeña, falible, interesada, ruin: es la ley sagrada de Dios. Es la luz que sigue a las tinieblas, la salud que sigue a la enfermedad, la sonrisa que sigue al dolor [...] Colombia medita con acierto sobre la causa eficiente de sus miserias [...] ¿Como negar, pues, que el mundo marcha y se mejora?”.



El siglo XIX era todavía el siglo de la Evolución (Darwin, 1854, *La evolución de las especies*), pero se puede evolucionar en el sentido de la segunda ley de la termodinámica, la entropía, ya que, respecto a Colombia, luego de que muere Felipe Pérez, y hasta el sol de hoy, calientan los soldados, niños y grandes, carne de cañón para la guerra de los Mil Días (1899-1902), y de todas las innumerables restantes hasta hacerse incesante, justo cien años de progresivo e incesante deterioro social inefable, de manera que tales muestras de voluntarismo nos dejan un mal sabor en la boca, dentro de un diagnóstico, en Gabo, bastante iluso, como pretender que los nativos americanos “engatusaron” a los conquistadores, con “obras maestras de una imagina-

ción creadora magnificada con recursos mágicos para sobrevivir al invasor”. Sin duda, este narrador y periodista está pensando sobre todo en el éxito editorial de sus obras, en el realismo mágico de sus otros *Cien años... prósperos*, mientras Felipe Pérez nos evoca la divina verdad revelada de la fe, *creer en lo que no vemos*; en todo caso, no se refieren al estado social de la república.

El texto que reseñamos, *El imaginario de la conquista*, pudiera haberse comprimido notablemente sin perder nada, y ganado sin duda mucho. Resulta excesivamente farragoso, gárrulo —se dice de las aves que chirrían por cantar—, cargado de una sintaxis y un estilo que han hecho carrera en ciertos medios universitarios, una forma de expresión que tiene naturalmente que ver con una materia del contenido propio a la “teoría literaria” implementada por la autora. No es alambicado, pues esto sería todavía ser sutil, sino propenso a una presunta *inteligencia* que emboza un horror inconfesado a la ignorancia y a la estupidez, como si los lirios no fueran flores del pantano, pretendiendo que el mundo de las ideas permanece incólume en el reino de los cielos prometido por el dogma cristiano y platónico a los amantes de la verdad, el bien y la belleza. Unos ejemplos para sustentar lo dicho: “En sus discursos contemporáneos [de los neogranadinos luego de la independencia] existió, así, la necesidad de explicar de qué manera llegó a lo que actualmente era [la sociedad] y cuáles eran los elementos de diferenciación con lo que había sido. La escritura surgió, entonces, como lo que faltaba, lo que hoy nos ayuda a explicar en parte las relaciones que estableció en el presente, no sólo desde la tradición sino también desde el cambio” (pág. 21). “Pero el conflicto estuvo dado entre la necesidad de presentar la autonomía ante dicha tradición [literaria en Europa] en lo que competía a la diferencia nacional, espacial e histórica y la necesidad de demostrar ante los propios europeos que negaban la existencia de dicha literatura, la pertenencia a la tradi-

ción que exigía la participación de la lengua española” (pág. 56). “A partir de fundamentos netamente románticos [Felipe Pérez] planteó, en primer lugar, que el carácter de expresión del estado intelectual de los pueblos que realizan la poesía, la historia y la novela permite la existencia de una facultad literaria de todos los pueblos en desarrollo” (pág. 57). “El tiempo transcurrido entre el pasado colonial y el presente para consolidar la nación estuvo determinado en el discurso neogranadino por el desplazamiento temporal que implicó la relación entre la crónica y la novela. Dicho desplazamiento puede verse, por un lado, en la relación que como géneros a través del tiempo establecieron la crónica desarrollada más durante la Conquista aunque de ninguna manera ausente en el período colonial, y la novela, más presente en los desarrollos narrativos de la Colonia” (pág. 75). “El romanticismo americano se distinguió por su interés en realizar la conquista literaria de la naturaleza como emoción estética de lo nacional” (pág. 16). *¡Bailad la naranja!* (Rilke). A propósito de su concepción de la verdad, la autora escribe: “Sólo a la historia, y más aún en el siglo XIX, le había correspondido el papel social fundamental de decir la verdad. En la novela era posible el campo de la invención a partir de dicha verdad” (pág. 70). “Los novelistas, al diferenciar su escritura de la propuesta historiográfica, supieron que su intención era dar una versión sobre el pasado, *no el pasado mismo*” (pág. 74). “El narrador construyó entonces su relato como una forma de reflexión en la que, a diferencia de la historia, no quiso reconstruir el pasado, sino que por medio de la ficción dio una versión sobre el pasado” (pág. 50). En la página siguiente, trae el siguiente epígrafe de José María Heredia encabezando capítulo: “La novela es ficción y toda ficción mentira”. En la pág. 24: “De esa manera, la historia y el relato se distanciaron por medio de la elaboración escrita, la que fue consciente de su fracaso ante la realidad que intentaba reprodu-

cir" [la conquista y el tiempo anterior a la conquista] (pág. 24). Esta concepción platónica de la verdad y de la representación o reproducción, sobre la que se ha pretendido fundar la historia *real* (en los dos sentidos de la palabra), es persistente, como lo prueba el caso Einstein y su conversación con Rabindranath Tagore del 14 de julio de 1930, reproducida por Ilya Prigogine en su obra *¿Tan sólo una ilusión?*, y acerca de la cual observa Prigogine: "En la interesante conversación sobre la naturaleza de la realidad, Einstein pone de relieve que la ciencia debe ser independiente respecto a la existencia de cualquier observador. El realismo de Einstein lo condujo a ciertas paradojas. El tiempo, y en consecuencia, la existencia humana son ilusorios. Dicha controversia entre Einstein y Tagore sólo cobra sentido si suponemos al hombre separado de la naturaleza. Si tenemos en cuenta la inserción del hombre en la naturaleza, las verdades humanas se convierten en verdades de la naturaleza. Es curioso que la ciencia actual [1980] se orienta en el sentido a que aludía el gran poeta hindú". Todo esto, hay que decirlo, sin desmedro de la *Historia de un error*, o de *Cómo el "mundo-verdad" vino a reducirse al cabo a una fábula*, de Nietzsche, en *El crepúsculo de los ídolos*. En los ojos de Dios, el presente contiene el futuro y el pasado, y, según Einstein, Dios no juega a los dados. Semejante concepción de la verdad comporta naturalmente la idea de Heredia en el epígrafe citado arriba, que la autora parece compartir, pues escribe: "Simular una realidad fue, quizá, la acción más acorde con la intención fundamental de la novela histórica" (pág. 69), y la autora cita a Aristóteles: "El poeta finge acciones".



Nos permitimos disentir de este mundo de la *representación* afecto a la época clásica, y con el cual quiere precisamente romper el romanticismo, corazón de la novela histórica americana, y es que la posición contemporizadora y ecléctica de Carmen Elisa la lleva a valorar la novela histórica y a neutralizarla enseguida, una afirmación seguida de la adversativa: *Sí, pero...*, bajo el peso de las *autoridades en la materia*. Así, por ejemplo, refiriéndose a los románticos latinoamericanos, cita a Pedro Henríquez Ureña: "Nunca fueron rebeldes, pese a algunos ecos descarriados de Byron o de Espronceda; estrechos lazos los ligaban a la tierra y la familia y a las costumbres tradicionales, y jamás llegaron a ser revolucionariamente individualistas" (pág. 16). Este *nunca* y este *jamás* son difíciles de sostener *siempre*, y más bien revelan cierta reticencia del crítico erudito con relación a los llamados románticos, uno de cuyos primeros exponentes fue el argentino Esteban Echeverría, autor del tremendo relato *El matadero*, a propósito del cual dice Henríquez: "obra vigorosa a la que parece haber concedido poco valor, puesto que nunca la publicó", como si no fuera un riesgo mortal publicar este relato durante la tiranía de Rosas en Argentina, el cual cayó después de la muerte de Echeverría autoexiliado en Montevideo, y que escribe el ensayo *Clasicismo y romanticismo* donde dice: "El romanticismo, pues, es la poesía moderna que fiel a las leyes esenciales del arte no imita, ni copia, sino que busca sus tipos y colores, sus pensamientos y formas en sí mismo, en su religión, en el mundo que lo rodea y produce con ellos obras bellas, *originales*". Sin embargo, según Henríquez Ureña, Echeverría "*nunca* llegó a ser un verdadero poeta", y agrega (en el capítulo "Romanticismo y anarquía" de su libro *Las corrientes literarias en la América hispánica*): "Nuestros románticos, en la América hispánica, hablaron alguna que otra vez como desterrados; pero no hacían entonces más que imitar diligentemente a sus de-

chados europeos". Estos *nunca* y *jamás* del erudito dominicano evocan el cuentico del comandante Marcos en Chiapas que se titula *Siempre y nunca contra a veces*, y comienza: "Había una vez dos veces. Una se llamaba *una vez* y la otra se llamaba *otra vez*. Una y otra vez formaban la familia *A veces*, que vivía y comía de vez en vez. Los grandes imperios dominantes eran *siempre y nunca* que, como es evidente, odiaban a muerte a la familia *A veces...*". En efecto, la afirmación de Henríquez que cita y parece avalar Carmen Elisa en su texto, "nunca fueron rebeldes", falla en relación con Manuel Ancízar, joven conspirador en La Habana, y en relación con el joven Felipe Pérez y con tantos otros, y falla sobre todo en relación con Esteban Echeverría, rebelde hasta la médula y de principio a fin, que absorbió el ímpetu romántico en la París de 1825-1830, donde estuvo cuando tenía apenas 20-25 años, y para quien *el arraigo a la tierra* no era una objeción, un obstáculo a su espíritu romántico, como pretendería Henríquez en su juicio antes citado, sino, por el contrario, uno de los motores, aun si es un afecto paradójico éste del artista romántico, quien vive el territorio, pero lo vive necesariamente como perdido, y se vive a sí mismo como exiliado; así ocurre con el *lied* (en Schubert, en Mahler), ambigüedad propia del *Natal...* Si *El canto de la tierra* resuena en Mahler, ¿cómo no va a resonar en la vida de Echeverría la nostalgia de la tierra y del territorio cuando, a su regreso a Buenos Aires en 1830, luego de pasar cinco años en Europa, contempla el estado de las cosas en la todavía ensimismada colonia tiranizada y al garete? Le duele su *nación*, igual que al poeta César Vallejo la suya y España en medio de la guerra civil, así que su *mal del siglo*, como dicen del romanticismo, no es un asunto estrictamente personal. ¿Que no eran genuinos individualistas nuestros románticos? Pero si el tema del pueblo era caro a ellos, por lo menos en los países latinos (y en los eslavos también, que no en la Alemania de

Wagner). El nuevo estilo de los románticos —no tanto el de F. Pérez, que, en sus novelas, era más bien un sentimental que un romántico, apegado a las normas clásicas, sino el de Echeverría...—, este nuevo estilo, decimos (como el de Walt Whitman en Estados Unidos), se le hace a Henríquez fruto del descuido; han abandonado “desgraciadamente —dice—, el apego a los usos normales del idioma” y agrega: “La anarquía era tan frecuente en la literatura como en la vida pública [...] Muchos de nuestros innumerables poetas procedían como si pensasen, lo mismo que Rimbaud en años posteriores, que su desorganización mental era sagrada (*J'ai fini par trouver sacré le désordre de mon esprit*)”.

Creemos que la “teoría literaria”, puesta en ejecución por la autora de este texto para dilucidar el sentido y los alcances de la llamada novela histórica, en particular las de Felipe Pérez, recarga el libro sin dar a la postre nada a cambio del esfuerzo por leerlo. Aunque nos parece que vale por el prólogo, libre de la *teoría literaria*, aunque ya se muestra la autora ecléctica y contemporizadora.

RODRIGO PÉREZ GIL

Un desierto emocional

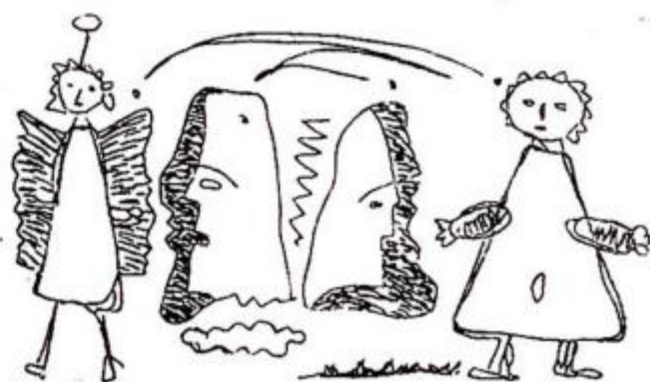
El embarcadero de los incurables

Fernando Cruz Kronfly

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1998, 242 págs.

Realmente ni yo misma entiendo qué me pasa con los libros de Fernando Cruz Kronfly. Reconozco en este académico caleño a un escritor de buen oficio, con una prosa limpia, que incluso a veces alcanza destellos poéticos, con una obra consistente y, sin embargo, por más que trato, no logro conectarme con sus escritos. Siempre me siento como haciendo una tarea de esas obli-

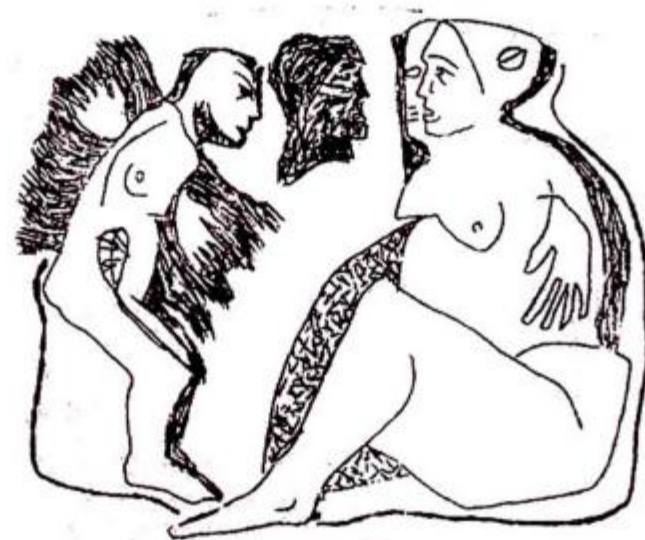
gantes que me tocaban cuando estaba estudiando mi maestría en literatura. Tomo el libro, resaltadores, hojas en blanco y me lanzo a sus páginas pero, a medida que éstas transcurren, mis emociones siguen imperturbables. Ni una sola de sus frases logra darme escalofríos, ni uno solo de sus capítulos me produce ensueños, ni una sola de sus imágenes me conturba (por alegría o por tristeza). No es que abomine de los temas que aborda, no es que su literatura me parezca oscura (al contrario, el escritor es claro por naturaleza) pero, cuando leo a Cruz Kronfly, me siento en un desierto emocional.



Obviamente, alguien podría argumentar que ¡la literatura no está hecha para eso! y yo, en principio, estaría de acuerdo. La literatura no necesariamente es para tocar las emociones. Empero, y tal vez por deformación de mi formación profesional y humana, sí creo que debería haber algún puente comunicativo entre el/la escritor/a y el/la lector/a. Y me parece que si el río que ayuda a cruzar este puente son las emociones, tanto mejor. Pero, lo repito, a mí, con Cruz Kronfly, ¡las emociones ni se me aparecen! A pesar de su arte, lo siento frío y distante. Tal vez se trate de que es un académico y, como tal, haga, más que literatura visceral, ejercicios de lingüística o de composición. ¡No lo sé! Bueno, pero como entre gustos (a veces) no hay disgustos, no centraré más mi reseña en el poco disfrute que me produce este escritor del Valle.

El embarcadero de los incurables, tal y como la percibí, es un himno al existencialismo. Un hombre anciano, después de ser abandonado por su mujer, también anciana, a raíz de

un estúpido incidente con unas lechugas, sale a buscarla a las calles de una ciudad, cuyo nombre no se menciona, pero que es cualquier gran metrópoli de cualquier país contemporáneo, donde la existencia humana ha perdido todo sentido y, especialmente, si se es viejo. Uldarico vaga en la noche y en el amanecer buscando a Marilyn, que bien podría ser cualquier mujer. El tema es la búsqueda y no lo que se busca o a quién se busca (como dice la poeta Pizarnik, “la soledad es no poder asirla, por no poder darle un nombre”). Sus desorbitados ojos, que ya no ven bien o tal vez ven demasiado, recorren la gran avenida de la gran ciudad recreando la miseria humana, la soledad, la prostitución, los desencuentros, el robo... y vuelta a la soledad. Lo que separó a Uldarico y a Marilyn fueron unas lechugas, pero el tema, en realidad es el absurdo, ese mismo que lleva a Uldarico a perseguir un sueño (su mujer), al que, cuando finalmente encuentra, deja pasar de largo. ¡Tal es el planteamiento existencial de esta novela! Para cerrar con broche de oro, Uldarico muere entre la basura, esa misma que encuentra siempre en la calle en la que ninguna mano amiga se estira para ayudarlo, en la que su cuerpo inerte es pisoteado real o figurativamente.



En esta existencial novela, Cruz Kronfly aprovecha la omnipresencia de su tercera persona para comentarnos sus más íntimos pensamientos por interpuesta persona (como le dice Fernando Vallejo a nuestro premio Nobel en su “Cursillo de orientación ideológica a García Márquez”, publicado en *El Malpensante* de diciem-